

1.- Comentario a las lecturas. Una de las cosas que llaman la atención en la personalidad de Jesús era su sinceridad. Hasta sus enemigos se dieron cuenta de eso y la reconocían. Esto lo vemos en el texto del evangelio donde los fariseos le preguntan si debían o no pagar tributo al Cesar. Antes le dicen: “Maestro, sabemos que eres sincero y que no te importa de nadie; porque no te fijas en lo que la gente sea, sino que enseñas el camino de Dios sinceramente...”.

Jesús es la Verdad, en Él no había ninguna doblez, lo que manifestaba por fuera era igualmente por dentro. Un ejemplo de sinceridad fue que no les ocultó o dulcificó a sus discípulos su destino final, les dijo claramente que moriría despreciado por todos y en una cruz y también, aunque sabía que no le comprenderían, que resucitaría. Y en otras partes del evangelio vemos esta franqueza de Jesús como en la que leemos en el evangelio de este domingo, cuando les dice a los discípulos de Emaús: “Qué necios y torpes sois para creer lo que dijeron los profetas”. Decía, por tanto, lo que sentía, aunque, a diferencia de nosotros, con mucha misericordia, como lo vemos también en el evangelio de hoy cuando les explica con toda paciencia las sagradas escrituras.

Hay varias formas de mentir o no decir la verdad: Por ejemplo, a través de las famosas mentiras piadosas o cuando decimos medias verdades, cuando ocultamos la verdad o cuando mentimos directamente. La raíz de la mentira está en el amor desordenado a uno mismo que lleva al desprecio de Dios y del hermano. Puede ser motivada por la ambición, el rencor, la envidia o la sed de venganza. Otras veces, la mentira nace desde un falso sentido de conservación: para ocultar un pecado o para evitar un castigo. Al mentir, en definitiva, decimos sí al egoísmo y no al amor. Es decir, nos hacemos un daño inmensamente más grande que el pequeño (pequeñísimo) beneficio que uno pueda conseguir con la mentira aparte de que destruimos la confianza con los demás a los que traicionamos y les causamos un gran dolor.

S. Agustín afirmó que se debe decir la verdad escueta sin importar las consecuencias. Enseña que en casos difíciles se debe mantener silencio, si posible. Si el silencio fuese equivalente a darle al enfermo noticias indeseables que lo matarían, es mejor, dice, que el cuerpo del enfermo perezca antes que el alma del mentiroso. Además de este, expone otro caso: Si hay un hombre escondido en tu casa, y unos asesinos buscan su vida, y llegan y te preguntan si está en tu casa, tú les dices que sabes donde está, pero que no lo vas a decir; no puedes negar que está allí...

Seguimos a la Verdad que es Jesucristo que odiaba la mentira y la hipocresía a las que denunciaba con energía y como decía S. Clemente: “El que nos mandó no mentir, mucho menos será mentiroso, ya que nada hay imposible para Dios excepto la misma mentira”.

2.- Sugerencias para el diálogo. 1ª ¿Por qué crees que se miente?; 2ª ¿Qué piensas de las mentiras piadosas?; 3ª ¿Crees que se miente más ahora que antes?

3.- Para meditar. “A Pinocho le crecía la nariz cuando decía una mentira. Menos mal que es un cuento, porque, si no, no podríamos andar por la calle”. Ana Díez, médico.